



JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ
El libro de Esther
Madrid: Lengua de Trapo, 1999.

por Chiara Bolognese
Universidad Autónoma de Madrid.
Madrid, España
chiara.bo@libero.it

El libro de Esther (finalista en el 2001 del XII Premio Rómulo Gallegos) relata el viaje del joven venezolano Eleazar, quien, aburrido de su vida en Caracas, decide de repente dirigirse a Tenerife para encontrar a su antigua novia Esther, de la cual ha perdido los rastros. El tema del desplazamiento y la reflexión acerca de la oportunidad de llevarlo a cabo guían toda la obra.

El texto está dividido en tres partes —«Génesis», «El libro de Esther» y «San Juan, 1:1»— que están estrechamente vinculadas entre ellas y dan cuenta de los más importantes eventos de las vidas de un grupo de jóvenes que han ido haciéndose adultos. Las borracheras y los enamoramientos efímeros se entrecruzan con las menciones de algunos acontecimientos más graves que han marcado sus existencias, como por ejemplo el golpe de Estado o, en su pequeño mundo particular vertebrado por la amistad sincera que los une, la muerte del ex novio de Esther, un hecho que marca para ellos el paso a la etapa adulta.

La novela comienza con un cuadro de la cotidianidad de Eleazar en Venezuela. Allí el personaje se tambalea entre el recuerdo de los tiempos de la juventud, y el presente gris con un trabajo de periodista de la página de literatura del diario local que le proporciona muy poca satisfacción. La literatura, y el mundo de los intelectuales de poco valor, así como ciertas alusiones a los más conocidos escritores actuales —entre ellos cabe destacar el relato de un presunto secuestro de Mario Vargas Llosa por parte de un grupo paramilitar entrenado por García Márquez que está intercalado en la narración de los hechos— constituyen el trasfondo de la historia.

El protagonista abandona su Venezuela natal y va hacia España para huir de los fantasmas del pasado —o, a lo mejor, para acercarse a ellos—, emprende, por lo tanto, un viaje que tiene un destacable papel a nivel catártico, ya que pretende devolverle el sentido a la existencia de Eleazar. Éste se considera

como un ser dirigido a la deriva en una vida en la cual nunca actúa como protagonista, sino más bien como espectador de los hechos que la marcan. Él sólo vive en función de sus muchas obsesiones. Sin embargo, es justo por el deseo de perseguir una de éstas por lo que se pone en marcha: Eleazar va a Tenerife en busca de Esther, quien se fue a Canarias siguiendo a sus padres que de allí procedían. Su viaje abrupto por un lado muestra su desesperación ya que, después de tantos años, sigue creyendo en la ilusión de un antiguo amor que ni siquiera estaba correspondido y, por otro, evidencia su deseo de perseguir su sueño hasta lo último, arriesgándose al desplazamiento que en su mente se presenta marcado por la sombra del fracaso. Además, casi parece que Eleazar tiene la percepción de estar condenado al eterno movimiento, imagina que siempre seguirá siendo un viajero, porque nunca encuentra un sitio en el que se siente capaz de echar raíces.

El pasado siempre está al acecho, como una sombra, como el volcán Teide, que casi es un protagonista más de la historia. Venezuela está reconstruida a través de los pensamientos de Eleazar cuando se encuentra en Tenerife. La novela juega constantemente con un malabarismo cronológico entre el presente en Tenerife, el pasado en Venezuela, y el recuerdo de la proyección de Canarias en su imaginación de muchacho venezolano.

La estancia en la isla hace que Eleazar se enfrente con algunas cuestiones irresueltas; el viaje le proporciona la posibilidad de cerrar el círculo agobiante al que lo ha arrastrado su matrimonio ya apagado y acechado por el recuerdo de Esther, y constituye así una forma de recomponer su desasosiego vivencial.

En Eleazar el proceso de reflexión para entenderse a sí mismo tiene también rasgos de huida. Es un viaje para conjurar el pasado, y, por otra parte, encarna un movimiento hacia otro pasado, el que para los venezolanos representa Canarias. El archipiélago, en un escritor barquisimetano que, además, estuvo viviendo allí varios años, no es un destino casual: el viaje se convierte, por lo tanto, también en un camino de búsqueda de los orígenes, ya que muchísimos fueron los canarios emigrados a Venezuela, entre ellos los padres de Esther.

Las islas son un lugar idealizado al que se le atribuye la capacidad de solucionar la inquietud. Representan un espacio feliz y deseado hacia el cual dirigir el movimiento (muchas son las referencias al mito de Platón que ve las Canarias como restos del continente perdido de la Atlántida). El archipiélago español es visto, desde Venezuela, como una tierra legendaria, embellecida por el recuerdo que guardan quienes tuvieron que abandonarlo. La islas pueden ser consideradas también como el punto intermedio entre Hispanoamérica y Europa, un alto en el camino hacia la tierra firme.

La de Eleazar es la migración del neurótico al que siempre le han hablado de las islas como del lugar de la civilización. Es interesante la descripción que el autor lleva a cabo de la relación con la madre patria. Sus textos son protagonizados por los emigrados de primera generación, que siguen viviendo en la pesadez del recuerdo de las islas natales, y por los hijos de ellos, como Esther, quien no se siente muy atada a sus orígenes. Sin embargo, le tocará a ella em-

prender el viaje de vuelta a Europa y volver a buscar fortuna en el lugar que sus padres abandonaron.

Eleazar, en Tenerife, es un extranjero no extranjero, ya que procede de un universo muy parecido, aunque su acento de forastero siempre revela su origen. Méndez Guédez, en sus historias, menciona con frecuencia este aspecto relacionado con el habla. En este caso, el acento hace que Eleazar se convierta en un receptor de la nostalgia de quien ha vuelto a la tierra de origen. Una añoranza que, además, cambia la percepción de los lugares, ya que los que, después de vivir en Venezuela, han regresado a Canarias tienen del país caribeño un recuerdo que no se corresponde con la realidad; la imagen que ellos guardan del país americano es la que se daría si éste se hubiera parado en el momento en el que han salido. Para Eleazar, en cambio, la percepción es distinta, ya que él ha vivido en Venezuela después del golpe y ha podido asimilar el trauma que éste ha acarreado. La descripción del lugar de origen que lleva a cabo el protagonista se refiere más bien a la época posterior a ese desgarrador acontecimiento, sin embargo la alusión a él recorre muchas páginas del texto, ya que Eleazar habla de un Caracas cuyo rasgo más característico es el hecho de querer olvidar el pasado.

El protagonista roza la invisibilidad, es un aislado, cuya torpeza y sentimiento de perdición Méndez Guédez subraya constantemente. Desde esta condición, Eleazar percibe una realidad trastocada, vista precisamente desde la invisibilidad que se encuentra metaforizada en la máscara y en los disfraces del carnaval que subvierten cualquier perspectiva.

En toda la novela, el volcán Teide —en cierto sentido el símbolo de la isla— y Esther son como dos presencias invisibles, amenazadoras y protectoras al mismo tiempo, mimetizadas en la confusión del carnaval.

La sensación de desubicación que prueba el protagonista es muy fuerte, ya que en un contexto en el que todos los habitantes de la isla van con máscaras y están familiarizados con la realidad de la fiesta, él, el extranjero, se pasea por las calles abarrotadas sin ella. Quizás se pueda interpretar esta situación como una metáfora de la desnudez que se experimenta nada más llegar a un país que no es el propio, en el que todos entienden los códigos que al recién llegado le resultan incomprensibles: en este caso se trata precisamente de códigos alterados por la fiesta.

Tenerife se convierte en una tierra siniestra en la que desfilan personajes esperpénticos. El joven no tarda mucho tiempo en comprender que si quiere entrar en contacto con la gente y tener más posibilidad de encontrar a Esther, deberá disfrazarse. El escenario en el que Eleazar elabora su relación con el pasado es, pues, una realidad deformada por las bromas y por el aturdimiento que producen la música y la muchedumbre. En este contexto, Eleazar emprende la búsqueda. Una búsqueda que gira alrededor de tres elementos —Esther, la isla, y el volcán— que dan una nueva fuerza a Eleazar para que se pueda enfrentar con sus fantasmas.

El protagonista, en Canarias, padece lo que se puede llamar «síndrome del extranjero» que, a menudo, cuando se encuentra en situaciones de inquietud

sueña con regresar al país de origen. Esto lo lleva a experimentar una condición vivencial peligrosa ya que se arriesga a no sentirse nunca perteneciente a ningún lugar. Por otra parte, el joven muestra un cambio durante el desarrollo de la novela ya que va adquiriendo, progresivamente, mayor conciencia de sí, y es en las últimas páginas donde se hace más claro su balance del periplo que ha emprendido.

Esta novela de Méndez Guédez proporciona una mirada sobre el tema de la identidad en un mundo en el que ésta queda desdibujada, al tiempo que invita a reflexionar acerca del asunto del mestizaje en la identidad latinoamericana. Su valor estriba además en proponer una visión particular desde la óptica del emigrante que no es totalmente extraño a la nueva realidad en la que se encuentra, puesto que enfoca su visión a partir de la relación, cultural y humana, que se da en la actualidad entre Canarias y su Octava Isla, Venezuela.

RECEPCIÓN: JUNIO DE 2007

ACEPTACIÓN: JULIO DE 2007